

## DIALOGO (NADA SOCRATICO) CON MODESTO CUIXART

# LA PINTURA ENTRE LOS DADOS Y EL AZAR

*Aquí abrí la puerta:  
las tinieblas y nada más*

E.A. Poe.

Llegar a Ca l'Armstrong es fácil. Basta reseguir la arteria principal de Palafrugell hasta topar con la sólida construcción de una fábrica importante, que recuerda los tiempos mejores de la industria del corcho local. Delante, pero sin cambiar de mano, se levanta la torre, dicen, construida por Puig i Cadafalch. Sin duda, con sus tres pisos, su puerta de hierro blanqueada, su jardín, es una de las casas ricas de la localidad. En el umbral, un hombre de aspecto impertinente nos aguarda.

Traje azul, camisa de cuadros diminutos, corbata granate, son los soportes de una cabeza acabada en bigote y perilla e iniciada en unos cabellos que no quieren perder definitivamente un cierto desorden juvenil. A pesar de todo, blanquean.

Por el aire altivo que adopta la espina dorsal (pero también por la calidad del paño y el buen cuidado de la barba) podríamos pensar que revivimos la imagen de algún fabricante inserto en los buenos tiempos de la burguesía local. Y sin embargo, quien nos advierte de nuestro retraso y de sus múltiples ocupaciones es el pintor Modest Cuixart, vagamente misterioso y terrible; como quien dice: presunto inquilino de la casa de Usher.

### UNO: LA MUERTE

En el living, blanco y frío, hay una pecera a mano derecha, y por decir algo:

—Aseguran que los peces traen mala suerte.

—Yo no creo en estas cosas. Pero advertí en casa que no quería peces. Tres días después de entrar aquí estos animalitos sucedió algo terrible. Sonríe, pero es serio: un sobrino mío, de veintiséis años, fallecía de manera fulminante. Yo no creo, sin embargo, en esas cosas. Dicen que sí, que traen mala suerte. Unos tíos míos poco tiempo después de colocar una pecera en su casa veían morir a sus dos hijos.

—Es curioso.

—Yo no creo en esas cosas. En el jardín tengo un coche de muertos, de esos frágiles y rurales, ¿queréis verlo?

*Precio de  
un cuadro  
de Cuixart:  
1947:  
diez  
duros.  
1974:  
cuatrocientas mil  
pesetas*

### DOS: LAS SEÑAS DE IDENTIDAD

—¿Cómo se lo hicieron durante los años 40 para hacer lo que hicieron si nada les era favorable?

—Pregunta inteligente.

—Gracias.

—Pero este país ha sido siempre desfavorable: durante los años 40 y los 60. Tanto da. Una de las veces que regresé de París, con los cabellos muy largos por la moda imperante entonces del existencialismo, tuve que ir corriendo de la estación de Francia al barbero: querían pegarme.

—Vaya.

—Sí en el año 66 hice una exposición, y porque a un crítico se le ocurrió decir en "Serra d'Or" que yo era un inmoral, pues empezaron a devolverme los cuadros. Ahora esos cuadros valen una fortuna.

—Bien, pero ¿y el "Dau al Set"?

—Pues estaba Brossa, el poeta, un tipo extraordinario. Ah, y también estaba Arnau Puig, cuyo papel siempre se disminuye. Ellos hacían una revista, "Algol", en la que no estábamos ni mi primo Tàpies ni yo. Tàpies y yo discutíamos mucho y pintábamos. Él estudiaba leyes y yo medicina. Eran años difíciles. Brossa buscaba afanosamente entre los escombros. Así descubrió a Joan Ponç. Brossa era mayor que nosotros, incluso hizo la guerra y tiene un ojo con una esquirla de metralla. ¿Quieres beber algo?

—Gracias. Whisky.

—¿Dónde estábamos? Sí, la redacción de "Algol" se amplió con nosotros, Tàpies y yo, y con Tharrats, que tenía una pequeña imprenta, y fundamos el "Dau al Set". La gente, como íbamos siempre juntos y sólo éramos hombres, decía que éramos maricas.

*“Miró ha sido un gran pintor, y sin embargo, ahora, desde hace veinte años, está pintando la misma estrellita, con la misma cola...”*

*“Saura siempre pinta el mismo garabato: está agotado”*

### TRES: LA PINTURA

—Tu pintura es discontinua, llena de saltos bruscos: figurativo, abstracto, la época de las muñecas, de nuevo figurativo...

—Yo distingo entre unidad y uniformismo. La evolución de mi pintura corresponde a estadios distintos de mi evolución fisiológica. Pero tiene, creo, una unidad. Detesto los pintores uniformistas.

—Pero la unidad en un pintor no lleva implícita la discontinuidad...

—Dame un ejemplo.

El whisky, el perfume de aguarrás, los ojos incisivos del pintor dotán de torpeza el canal de comunicación entre el cerebro y la lengua. Por suerte Cuixart ha dejado de lado la economía verbal de un principio y, sin dejar de moverse (estamos de pie en el estudio), no cesa de hablar.

—¿Velázquez? ¿Qué punto de unión hay entre “Las hilanderas” y “Las Meninas”? ¿Y qué me dices de sus estudios de la “Villa Médicis” pintados en Italia, en los que todos los críticos encuentran el inicio del impresionismo?

—Sí.

—No, no, no, los grandes pintores no son uniformistas. No están repitiendo la misma obra durante años y años. Como Miró, por ejemplo. ¡Qué gran pintor ha sido Miró! ¡Qué importante! ¡Qué crucial para todos nosotros! Y sin embargo, ahora, mírale: desde hace veinte años pintando la misma estrellita con la misma cola...

—Y habrá otros.

—Lleno. Está lleno de gente que se repite sin cesar. Saura, con lo mucho que sabe, siempre haciendo el mismo garabato. En fin, el otro día me dijeron que abandonaba la pintura. Está agotado, claro, El uniformismo mata la pintura. Y hay otros. Muchos otros...

### CUATRO: LOS PERROS

Hay dos perros en la casa. Hermosos. Un perro y una perra. En el jardín Cuixart juega con ellos. Es de noche ya, una noche pegajosa, húmeda. Cuixart hace arrodillar al perro. A continuación el can hace el muerto. El pintor hace pedazos la galleta y el perro de un brinco, coge su parte. Otro pedazo para la perro, que también salta. Se repita la operación y más reparto de galleta. Por la voracidad de su compañero la hembra se queda sin premio. Pero Cuixart sonrre satisfecho. Le preguntamos el por qué de la desigualdad. Nos responde: “ella no ha hecho nada para ganarlo”.

### CINCO: PARIS

—Estuve en París con mi primo, Antonio Tápies. Pasábamos hambre. Pensaba que él, con lo débil que es, se me quedaría allí.

—También estuviste en Lyon.

—Sí, pero por el dinero. Allí hacía grabados y me ganaba bien la vida.



*“Junto con mi primo Antonio Tápies pasé hambre en París... Pensaba que él, con lo débil que es ‘se me quedaría allí’...”*

—¿Y París?

—Ah, eso era otra cosa. Entonces —recién acabada la guerra— podías encontrar a Sartre en el Flora y en el Deux Magots. Y estaba sobre todo Wols. Siempre sentado en la Rhumerie, con un banjo y un perro. Pero no hablaba con nadie. Creo que ni el mismo Sartre consiguió hablar nunca con él. Era un hombre extraordinario. Cuando Drouin consiguió montar una exposición suya, Wols fue a denunciar el acto a la policía. Un gran tipo Wols. Era el alemán que peor hablaba de los alemanes que he conocido en mi vida.

Pienso en el misterioso Otto Alfred Schulze Battum (Wols) y en sus silencios prolongados, en sus diminutas acuarelas, cuando Cuixart, ya por otros caminos me dice:

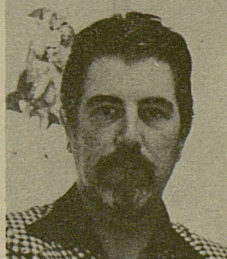
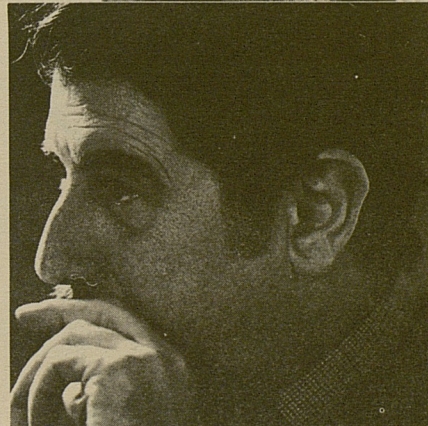
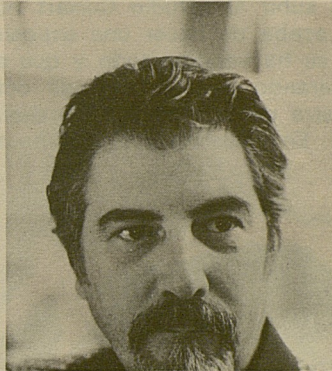
—Quien fue muy importante para mi en los años de la postguerra fue August Puig, un pintor al que no se ha hecho justicia. Recuerdo una exposición suya en “Els Blaus” de Sarriá que nos dejó a todos fascinados: aquello ya era abstracto.

#### SEIS: EL COMEDOR

Quando el pintor aún no ha perdido la altivez de su columna vertebral, nos muestra el comedor. Una cosa seria. Alrededor de una larga mesa se alinean las sillas con las iniciales de los antiguos propietarios ingleses de la fábrica de corcho. Los repujados del techo, antaño dorados, son ahora de un blanco que hiere las pupilas por su contraste con el negro de las puertas y el verde oscuro de la cerámica de la Bisbal que cubre las paredes, prolongándose en una madera rica y bien labrada, hasta llegar al suelo. Se respira un aire de siglo pasado. De modernismo consecuente. En medio, Cuixart despliega sus gestos con una ampulosidad que parece innecesaria. A veces alterna esa prosopeya con una precisa y seca ironía: sus ojos entonces prometen chispas tan excitantes como el mordisco de hachis. Un perfume intenso y elegante circunda al pintor: un perfume de Paco Rabanne. Y de burguesía boyante.

#### SIETE: LA MERCANCIA

—El otro día me vino un hombre para que le certificara la autenticidad de un dibujo mío. Al verlo me acordé muy bien. Debía ser del año 47 o 48. Lo había vendido a René Metras, que entonces gastaba su poco dinero con cuadros nuestros, en un bar que frecuentábamos mucho por aquella época, Can Ceianblanca, allí por la Riera Alta. Se lo había vendido por diez duros. “¿Si no es indiscreción cuánto le ha costado a usted ese dibujo?”, le pregunté. El hombre no tuvo inconveniente en meterse la mano en el bolsillo y mostrarme el recibo: el dibujo le había costado, ahora, más de cuatrocientas mil pesetas...



## “Según Cirici Pellicer las ideas de Cuixart provienen del esoterismo, la magia y... Donoso Cortés”

—¡Uf!

—Sí, la pintura está sometida a esa ley del dinero, inevitablemente. Los marchantes controlan el mercado y a veces a los pintores...

—¿Quizás el uniformismo puede ser efecto de todo eso?

—Es posible. Pero hay que luchar. El artista no puede someterse al comprador de cuadros. El marchante de Picasso, en su época cubista, después del trabajo que tuvo para imponer ese estilo en el mercado, cuando Picasso un buen día se le presentó con la serie de dibujos neoclásicos, tuvo un susto de muerte y pretendió convencer al pintor para que volviera a su anterior manera de pintar. Picasso sin inmutarse le pidió el contrato, lo rompió en mil pedazos y le dijo: “Jusque’à present je vous ai passé des tableaux, dès maintenant vous les achetez...”.

—¿Y todo sigue igual?

—Mira, la gente de dinero hasta ahora compraba cualquier cosa. Había una firma y, aunque encima de esa firma sólo hubiera un trazo o una cuerda o cualquier otra cosa banal, el cuadro se cotizaba. Pienso que ahora las cosas están cambiando y que existe una nueva generación de compradores mucho más cauta, que quiere ir sobre seguro, que no acepta cualquier cosa. Creo que se está volviendo a una pintura más trabajada, que justifique en mayor medida los precios desorbitados de las obras de arte...

—Quizás eso valga como tendencia. Pero en realidad el arte conceptual, el hiperrealismo, siguen controlando el mercado.

—Bien, bien, sí, puede que sólo sea una tendencia. Pero ahora la gente, para aflojar el dinero, ya no tiene bastante con la firma. Quiere algo más. Ya lo verás.

### OCHO: LA TESTARUDEZ

Al subir al estudio Cuixart nos notifica que acaba de hacer una exposición en la que se ha vendido todo y que ahora está preparando para el mes de octubre otra muestra de su obra en la galería “Dau al Set”. En consecuencia, que no tiene nada

para enseñarnos. Sólo una serigrafía y un par de dibujos. Los cuadros en los que está trabajando aparecen de espaldas y mudos. Queremos a pesar de todo echarles una ojeada.

—Imposible.

—Sólo para hacernos una idea de lo que ahora haces...

—Ni hablar.

—No sacaremos fotos.

—No insistas.

—Los cuadros seguirán ahí, de espaldas y silenciosos, durante toda la conversación.

### NUEVE: DONOSO CORTES

En un capítulo considerablemente lukasiano —que no es sinónimo de nada— de su obra “L’Art Català Contemporani”, Cirici-Pellicer clasifica a Modest Cuixart entre los típicos representantes del pensamiento derechista, viniendo a decir que al pintor las ideas le vienen a partes iguales de la esotería y la magia y de Donoso Cortés.

—Cirici pintaba en aquellos años —40, 50— para ganarse la vida frescos en los altares. Por eso nosotros le llamábamos el Ciri-Llapisser. De su obra no queda prácticamente nada. Era tan malo lo que hacía que en seguida lo borraban. Pero creo que en el restaurante Can Costa de la Barceloneta aún se conserva uno de sus murales...

—Vaya.

—Sí, pero escucha, a mí me da todo lo mismo. Yo pinto, yo trabajo. Me vuelco sobre el papel o el lienzo horas y horas, como un obrero. Es lo único que me importa, mi trabajo.

—¿Nada más?

—¡Hombre! y lo que pasa en el mundo, y la música y la literatura, todo son estímulos. Y la gente de Palafrugell, mis amigos de Palafrugell, con los que voy a dar una vuelta, al bar o a jugar a cartas... Todo eso me importa. El trabajo mal hecho, la tontería... pse... Tanto me da.

\* \* \*

De nuevo ante la verja blanca. Ahora nos despedimos. Ha desaparecido definitivamente la altivez, el envaramiento, la reminiscencia de pequeño propietario industrial más o menos colonizado por los británicos. En cambio, los perfiles de personaje inquilino de la casa de Usher han aumentado. Lluéve, por fin, ligeramente y es ya muy tarde. No es difícil imaginar que bajo alguna cripta de la mansión habrá alguna mujer blanca como la nieve, rígida de catalepsia. No es difícil imaginar que Cuixart tiene prisa, una vez se ha quedado solo, por reemprender su partida de dados con el fantasma. Palafrugell, por otra parte, es en este momento una ciudad perfectamente descarnada y cadavérica, sin vida. Nos decimos adiós.

LUIS REYES  
(Fotos: Pilar Villarazo)

